

La angustia del torero

(Carta abierta al Dr. Zumel)

ROBERTO
DOMÍNGUEZ

Querido D. Mariano.

Al regreso de mi última campaña americana, me encontré con el compromiso que mi padre adquirió con usted para que interviniera en el Symposium de Psicología que se organizaba en la Universidad Complutense de Madrid.

La gran amistad que existe entre su familia y la nuestra desde hace más de sesenta años me hizo olvidar por un momento el lío en que me había metido mi padre. Sin embargo, me sentía orgulloso de que usted me recomendara a los organizadores del Symposium como posible interlocutor de un tema tan complejo y en marco tan atractivo. Aunque he de confesar que me apetecía más acudir como oyente que como participante.

Empecé a pensar en este nuevo acercamiento del torero y su mundo a la Universidad. Desde muy niño me sentí atraído por la idea de que alguien popularmente llamado «Maestro» fuera también alumno en una Universidad, y valoré muchísimo a los toreros que a lo largo de la historia fueron capaces de inspirar y atraer a la intelectualidad de su época. A pesar y de lo aparentemente atrevida de mi profesión, los toreros no solemos ser osados; muy por el contrario, nuestra sensibilidad nos hace medirnos y también escudarnos, aunque en ademanes altivos, para ocultar nuestra casi común timidez.

Por todo ello me puse en contacto con el organizador del Symposium, el profesor doctor D. Francisco Alonso Martínez para aclararle que mis últimos días habían estado presididos por los viajes y la preocupación por el comienzo de una temporada taurina en España que intuyo complicada y dura, y que mi mente no la tenía lo suficientemente relajada como para ponerme a rellenar unas cuartillas acertando con un contenido que pudiera interesar a los asistentes. Y acepté la invitación dando un significado a mi asistencia estrictamente de oyente y no de ponente como rezaba en el carte anunciador. He de confesar que me sentí cómodo en la Universidad, sirviéndome de relajamiento al estado de ánimo al que antes he hecho alusión. Me sentí mucho mejor que cuando luchaba por conseguir un aprobado en el Análisis de Formas Arquitectónicas que se me resistía reiteradas veces.

La amabilidad y comprensión de los organizadores y ponentes, la atención y el respeto de los oyentes, la simpatía y el ingenio de mi compañero de cartel, el maestro Manolo Martín Vázquez, hicieron que pasara un rato agradable y distendido y que el objetivo de mi asistencia se cumpliera, pues en el rato que pasé en la Universidad aprendí muchas cosas. Estoy seguro, D. Mariano, que para una persona como Vd., tan habituada a coloquios, charlas y conferencias de todo tipo y con tanta oportunidad que habrá tenido a lo largo de su experiencia, como médico y como taurino, de tomar el pulso a tan distintos auditorios, no le hubiera sorprendido encontrar a buenos aficionados en un Symposium de Psicología, pero para mí, he de confesar que sí fue una sorpresa. Y esta circunstancia fue vital para que desde un principio me encontrara cómodo y empezara a hablar, muy gustosamente cuando me preguntaban, quedándome al final con una sensación de haber tenido una conversación de toros, desde un punto de vista íntimo, entre un grupo de amigos.

Desde un principio se notó su ausencia, querido doctor, y he de decirle que hubo varios recuerdo cariñosos hacia su persona. Y yo particularmente, busqué varias veces en vano el burladero de su facilidad de palabra y del conocimiento de la personalidad del torero, para esconderme ante un pequeño y sorpresivo ataque a mis conceptos, por parte de un cualificado asistente. La intervención del doctor Alonso Martínez fue a mi modo de entender excelente. Me sentí muy identificado con «el profesional de alto riesgo» que él describió tan acertadamente. Las fobias a la burocracia y a los viajes, que sentimos generalmente los toreros, tuvieron para él fácil explicación.

Me gustó mucho que reconociera, en el binomio toro-torero, una confrontación de macho a macho, desterrando todos esos simbolismos, absurdos a mi modo de ver, que últimamente quieren ver en el toreo.

Me gustó mucho que reconociera en el binomio toro-torero una confrontación de macho a macho, descartando todos esos simbolismos, absurdos a mi modo de ver, que últimamente quieren encontrar en el toreo. Lo absorbente y marcante de mi profesión, la influencia familiar del torero, su adolescencia precoz fueron temas tratados. Pero hubo una cosa en la intervención del doctor Alonso Martínez que me llamó poderosamente la atención: la observación de un «sentido económico en los movimientos» como características de los toreros. Esto me pareció sumamente importante y le aseguro que ese concepto lo tengo presente en mis entrenamientos y en mi actividad profesional.

Hubo también algún momento en el que me sentí «fuera de

sito», como, por ejemplo, cuando alguien me preguntó, indudablemente con doble intención, por el aire sentencioso que casi todos los toreros tenemos al hablar, o cuando trataron de confundir mi miedo con mi angustia. La experiencia para mí ha sido sumamente positiva y espero con ansiedad el resumen y la conclusión que el doctor Alonso sacará del tema. Quiero expresarle, doctor, el deseo de su pronta recuperación, pues su presencia en los toros siempre me ha estimulado, y recuerdo con gran cariño la oportuna llamada telefónica con la que usted me regalaba en las tardes sin éxito, dándome una versión siempre positiva, alentándome a seguir, viéndome en una evolución que muchos negaban.

Con el tiempo, he visto que no era sólo el cariño ni el paisanaje lo que motivaban esas llamadas de aliento. En los últimos años, mi esfuerzo ha tenido repercusión y compensación y, cuando miro atrás, retumban en mis oídos sus palabras. Palabras de fe que me sirvieron de apoyo en los momentos de duda.

Por muchas cosas, doctor, me siento orgulloso de ser torero, su paisano y su amigo.

Un fuerte abrazo.



